

LOS DOS LIBROS

Los contemporáneos del nacimiento del Teatro llamaron *Bululú* al espectáculo que consistía en salir un cómico á las tablas y recitar él solo toda una obra dramática, anteponiendo á los parlamentos los nombres de los personajes que los iban parlando y adoptando, según la condición, sexo, edad y estado moral de cada uno de ellos, sendas y apropiadas actitudes ó tonalidades.

Hecha esta indicación, que me indulta para después de por lo menos cuatro notas explicativas, con apoyadura de textos eruditos, todo mi trabajo en este diálogo será ir copiando lo que, de un estante á otro de mi librería, se iban diciendo en la quietud, ya un poco tibia, de una de estas últimas sietas, un libro viejo con cubiertas de pergamino y otro flamante, pomposo y nuevo, todavía sin cubrir.

LIBRO VIEJO

Por males de sus pecados y apariencias sospechosas y venirme sin bautismo, ¡atrás, seor novicio de

este monasterio, novato en estas armas y víspera de texto literario!

LIBRO NUEVO

No sé quién me habla desde abajo en una lengua muerta, sin vitalidad: lengua hecha de ecos...

LIBRO VIEJO

¡Atrás; de nuevo atrás, que antes de lástima y ahora de risa, acabará por dejarnos á todos malparados. Atrás he dicho, por venirme sin bautismo, ¿no me entiende? Es decir, que no le conozco padre y se los sospecho todos. En otras palabras, le llamaría libro mal nacido. Y empleando hablar de germanía libro hi-de-bellacona. ¿Es lengua muerta?

LIBRO NUEVO

Parece mentira que se traten cosas serias y profundas con tal falta de respeto. De vuestros insultos mordacísimos se desprende una conclusión: que á vuestros ojos soy yo un libro sin personalidad, sin lo que Taine llama carácter y D'Annunzio *stilo* ¿he comprendido?

LIBRO VIEJO

Fuera del triplicarse la falta, señor mío, por cuan-

to yo no le conjuraba en nombre del galo ni del romano, sino sólo en el mío propio, eso quise decir con mis palabras. Las cuales quiero declararles ahora despacio y con sosiego. Porque ni yo las dije á humo de pajas, señor mío, ni ellas han de referirse á vos solo, sino á muchos de vuestros hermanos en edad, similares en saber (que no es poco) y coaspirantes en gobierno (que no es tanto). Y ante todo, *libro mal nacido* le he llamado por lo que el propio ingenio de vuesa merced ó su, con razón, alarmada suspicacia han adivinado. Realmente, tantos libros nuevos como llegan diariamente á estos rincones, más parecen *bululú* de comicacho, que obra singular y propia de poeta. Fuera del citar, en los comienzos de cada parlamento, los nombres de los que hablan, todo es por las páginas de estas chuscas novelorías á manera del *bululú* de nuestros comediantes, en que habla una sola persona y nada dice por su cuenta, si ya no son los nombres de los que intervienen en la obra. No negaré que los que os escriben *saben*; que esto está á la vista y casi puede afirmarse que el más necio de entre ellos *sabe* á todos los demás. Pero invierten los términos y trabucan el sentido del saber. Si en lugar de aplicarse á la literatura se hubieran dado á la culinaria y fueran pinches de cocina, en vez de moscas de Ateneo, serían capaces de dar sabor y condimento á la cazuela, atendiendo más á esta tarea infecunda que á sacar á la mesa de las gentes manjares bien condimentados y sabrosos. Ellos se adoban, pulen y asaboran la cazuela, no lo niego; pero llegada la hora del banquete, olvidan poner manjares dentro

de ella, y con la priesa y el barullo, sirven á los comensales impacientes el adobo, la especie y la compostura solamente. El resultado es estragar el gusto de los que se sientan á la mesa; quemarles el estómago y abreviarles la vida cuando aspiraban á hacérsela gustosa. No quiero yo decir que se hurten los unos á los otros. Bien sabemos todos que las especias son de común uso en todas las cocinas y que sin embargo los manjares de cada cocina llevan el sello de cada cocinero. Pero es porque, además del condimento, se ha puesto en la cazuela manjar abundante y el arte del maestro de cocina, se apura todo en el *guiso*, que es fundir y armonizar la vianda con su adobo para dar como resultado el exquisito plato que ni es sólo vianda, ni sólo compostura, sino un magnífico y complicado término de todos estos varios ingredientes. Sin dejar este símil, puedo afirmar á vuesa merced, de una manera general, que los libros de ahora son más que nada catálogos de especias; que todos se parecen por ser comunes los adobos; que nuestros cocineros *guisan* mal, y que, ó por incuria ó por inopia se olvidan, en sus guisos, del manjar.

LIBRO NUEVO

Vos creéis..

LIBRO VIEJO

Que nunca como ahora han estado las cosas dis-

puestas para aplacar las hambres del estómago atendiendo, al mismo tiempo, á los refinamientos delicados del paladar. Que la variedad infinita de especias, su abundancia verdaderamente profusa, la facilidad de adquirirlas con el múltiple servicio de libros, revistas, bibliotecas y periódicos; la extraordinaria baratura y novedad de las llamadas bibliotecas populares, el ansia de hombrearnos con el extranjero y de salirnos á él, que, á medida que la casa se nos hace pequeña, vamos sintiendo los españoles, todo esto produce como resultado una atmósfera especial y deja en los paladares un á modo de sabor amargo de aperitivo que debiera despertar, en los que confeccionan libros, mayores ansias de no quedarse á medio vuelo y deseos más llevados á término de complacer á un público ahora en acabadas condiciones de gustarles y aprovecharles. En lugar de esto, prolongan indefinidamente la época de preparación y los comensales se entretienen al principio, se distraen luego y se cansan después en torno de la mesa del banquete...

LIBRO NUEVO

Un poco corrido.

Y el remedio...

LIBRO VIEJO

... Sería dejar de hacer campanería y comenzar la misa; terminar las listas complicadas y servir la co-

mida; dejarnos de exponer doctrinas y hacer obras. Nada interesan al público, ni es necesario, ni es natural que le interesen las discusiones; en cambio la obra acabada, limpia del contacto sucio con la realidad, sin apasionamientos por donde hacerla manzana de discordias en lugar de fruta de la vida; la obra de arte donde sin que se vean los ligamentos aparezcan perfectamente fundidas las nuevas teorías con la práctica perenne de la vida; la obra que descansa al público y no le obligue á discutir; la que en un momento lograría más que todas las enseñanzas y arrastraría al público y provocaría una nueva primavera, no asoma por ningún lado, no aparece, porque ni siquiera se piensa en producirla, porque los que escriben libros están atareados con abastecerse de especias y dejan que en la despena se les pudran y deterioren los manjares. No ven que no sería necesario demostrar que saben hacer una obra, una vez que la sirvieran hecha.

LIBRO NUEVO

Pero enseñar al público...

LIBRO VIEJO

El público *sabe* más que vosotros: ha sabido siempre más: hacer artístico y vivo su saber: ese es vuestro triunfo.

EL HUSO Y LA MÁQUINA

Habla un huso viejo, de los que por gracia de las humanas codicias y obra de la moderna ingeniería, se contradicen el nombre y están en *desuso*, con la majestad orgullosa y sonora de una complicada máquina, bien acorreada y bien rodada, en el acompañado desamparo de una fábrica.

Es hora de abrir puertas y tragar humanidad hasta cansarse. La cuadra inmensa del temeroso edificio es como boca de gigante y los telares y devanaderas como mandíbulas con siete hileras de colmillos. Hay bulla de mujeres en el aire, gritos de mando, discutir de mozos y zambra de chiquillos. De repente, se cierran las dos puertas y una limosna de sol que por ellas caía, tapizando el suelo, con la dorada alegría de la luz, desaparece definitivamente, como manto de reina, por detrás del oscuro cortinón que sus manos acaban de soltar.—La reina luz se va y en la cuadra inmensa deja la tristeza que debieron dejar, á su salida, en los tugurios de los pobres y de los leprosos, aquellas caritativas princesas de los tiempos medios, que con óleos y bendiciones los visitaban para confortarles.

Resuena un jadar monótono de ruedas; crujen las poleas, silba el vapor, se esparce el humo; gruñen las correas sin fin, chocan unos con otros los engranajes, y se dan, bajo la cuadra inmensa, á su intermitente danzar perniquebrado los chirimbolos y carretes de las máquinas. Hombres, mujeres y niños cuidan de ellas. Las limpian, alimentan, bruñen y suavizan. Jamás pastor estuvo más atento al palpitar de sus rebaños, ni padre á los deseos de sus hijos. Cumplen las máquinas su labor fatal y sus guardianes se amodorrán vigilándolas y su cerebro se hace, poco á poco, implacable y fatal, en el moverse, como las máquinas.

Pero en un rincón, olvidado de todos, cubierto de polvo, inútil y aviejado el *huso* antiguo, prescindido de cuanto le rodea, para entretenerse en amoroso diálogo, con la brillante *máquina* que la casualidad le dió por vecina... y dicen:

EL HUSO

Bien luces, recia suenas, incansable te mueves; orgullosa debe estar de tu obediencia la soberana voluntad que te domeña y amaestra.

LA MÁQUINA

¿*Amaestrarme* dices? Claro dejas ver, pobre *vetete*, lo rancio de tus ideas y la ruin *vetustez* de tu materia. Pasaron vuestros tiempos, á Dios gracias, y

lucen ya los nuestros cuadrados á compás y cortados sin faltas ni sobras, con sistema decimal y tiralíneas.—Reforma el habla, estudia el tiempo, alarga la vista y ni entendas blanco por negro, ni te salgas de tono en el discurso.

EL HUSO

¿Tan gran dislate he dicho, gran señora?

LA MÁQUINA

Dislate es siempre dar por sentadas cosas imposibles, padre huso, y ese, si no me hace traición la memoria, ha sido el comienzo de tu discurso. "Orgullosa, has dicho, que estará de mi obediencia la voluntad que me domeña y amaestra." Este es tu error. Porque ni yo obedezco á voluntad ninguna, ni ninguna voluntad me perfecciona; ni, desde que soy, tengo capacidad de perfección.—Así me han hecho: así me muevo; así me moví ayer; así me moveré mientras exista. Nazco de una vez y mis primeros pasos son iguales á los últimos. No es mi oficio el hacer bien, sino el hacer mucho. No trabajo, sino fabrico. No me mueve una voluntad, sino un elemento. No me han construído por necesidad, sino por codicia. No soy alivio, sino tormento de mis guardianes. No producen ellos con mi auxilio, sino yo con el auxilio de ellos. Me disparan, no me acompañan en mi trabajo. No es mi trabajo obra de

ellos, sino fatal resultado de mis artefactos y movimientos. Porque eso soy nada más, cuando soy algo.—Movimiento: lo más rudimentario y bajo en el armónico concierto de la vida. Movimiento nada más: sin sentir que me retarde ó acelere; sin voluntad que me fecunde, sin obra singular que me eternice. Padre huso en tu humildad y tu modestia, eras más dichoso tú, que tus hijas estériles y sonoras.—En los rincones de los cuartos, junto á la cuna de los niños; bajo la agradable protección de las ventanas, padre huso, te acariciaban las manos de las vírgenes; entretenías la soledad de las esposas, recibías, como un legado de amor último, la sabia y unida labor de las ancianas. Variaba tu obra, con el variar de sentimientos en tus dueños y maestros. Era torpe y desigual bajo las manos tiernas; unida y apasionada cuando las madres jóvenes te destinaban á proporcionarles el hilo con que habían de abrigar los florecientes miembros de sus hijos: era finalmente lisa y resignada cuando las ancianas, supervivientes de una raza infeliz, hilaban sobre ti devotamente las mortajas de los suyos. De una manera se movieron sobre ti las manos de Margarita, todavía temblorosas de la presión de Fausto, y de otra manera descansaron sobre el blando cojín de tu mazorca los dos lirios de Senta, cuando, rodeada de sus amigas y con la vista perdida en el azul infinito, cantaba la balada del Holandés errante... Tú eras auxiliar bendito del hombre; instrumento de su voluntad; depósito de sus sentimientos, intérprete de sus quererres.—Por ti pasaban sin resistencia—intermediario casto—los

amores y las voluntades del que trabajaba, á la milagrosa flor de su trabajo.—Las manos perfectas, te hacían perfecto; las torpes te encontraban torpe: como de una lira, arrancaba el obrero de tu materia humilde las músicas que oía dentro de sí... No se hizo el ignorante vano delante de tu fuerza, ni el Maestro tuvo que humillarse al acompasado fatalismo de tu elaborar. Los hombres eran sinceros, en tu sinceridad. La perfección nacía de ellos y la buscaban sin descanso y encontraban gusto en la rebusca y el trabajo.—No querían enriquecerse, sino vivir. No produjeron cantidad, sino belleza. Lento era tu producir, padre huso, y el de tus hermanos los telares; pero lentas eran también las ambiciones y á los hombres enseñaba paciencia y constancia el paciente crecer de tu mazorca encinta. "Husada menuda al dueño ayuda", dijeron, con sabio decir de patriarcal resignación, y en cada hogar, padre huso, mazorca blanca, astro de paz, fuiste símbolo y sostén de la labor continua, fervorosa, querida y remunerada.—Estos fueron tus tiempos: no me hagas volver á los míos con el pensamiento y la palabra, ya que el uno me queda lleno de ti, padre huso, y la otra pierde su gracia y su vibrar de vida, en este pozo de monotonía...

EL HUSO

Larga ha sido tu plática y amarga como la zarza, pobre hija.—Como el que recuerda has hablado de mis tiempos, y como el que sufre de los tuyos. Bien claros quedan unos y otros y bien sentada la razón

de su diferencia. Nosotros fuimos instrumentos del hombre, para su trabajo. Vosotras, para su codicia y ambición. En nosotros encontró un auxilio; en vosotras un tormento...

LA MÁQUINA

No hay más, padre huso, sino deshacernos nosotras y dejarte el lugar otra vez y poner lo justo donde reina la injusticia; el orden, donde se revuelve y agita la ambición.

EL HUSO

No vale eso menos que decir á los ríos que remonten su corriente, ó á las aves que dejen de volar y que se arrastren por el suelo. ¿En qué estamos, hija, y qué turbación tienes que ya eres tú la del dislate?—Viejo soy; pobre me veo; se reducen á polvo mis tiesuras, y en la liviandad de mis maderas incuba la carcoma.—No soy yo, sino mi espíritu el que debe redimir á los hombres otra vez.—No es el huso, sino el sentimiento de sinceridad y de templanza que inventó el huso, lo que los hombres de tu tiempo necesitan.—¿Qué es mi forma deleznable y rústica y pobrísima, sin el maridaje de las voluntades humanas que suavizaron mi rusticidad y enriquecieron mi pobreza?—Cuando disientas de tus tiempos, pobre hija, y quieras desertar de ellos y te cojan ahogos de renunciación y deseos de muerte, tus maestros ó tus inventores rei-

rán de ti.—Ellos dirán que la corriente de los tiempos no vuelve atrás y que la vida no puede detenerse.—Entonces, hija buena y deseosa de bien, diles que, en verdad, la vida no puede detenerse y que ellos pretenden, sin embargo, detener el Espíritu, que es el alma y el fondo de la vida: diles que es imposible producir obra sin espíritu y que el espíritu no pueden transmitirlo más que las manos de los hombres: diles que inventen máquinas enhorabuena, pero no para beneficiar la cantidad, sino para encauzar el sentimiento.—Es otro camino.—No tienen más que proponérselo. La inteligencia es todopoderosa y sus fines deben ser altos. La selección y no el número es la ley de los seres.

LA MÁQUINA

Gracias, padre... ¿y tú crees que me escucharán los sabios?

EL HUSO

Es posible.—Lo difícil es encontrarles, para decirselo.

.....

 Las máquinas seguían gruñendo en la inmensa cuadra.— Oscurecía.

FIN